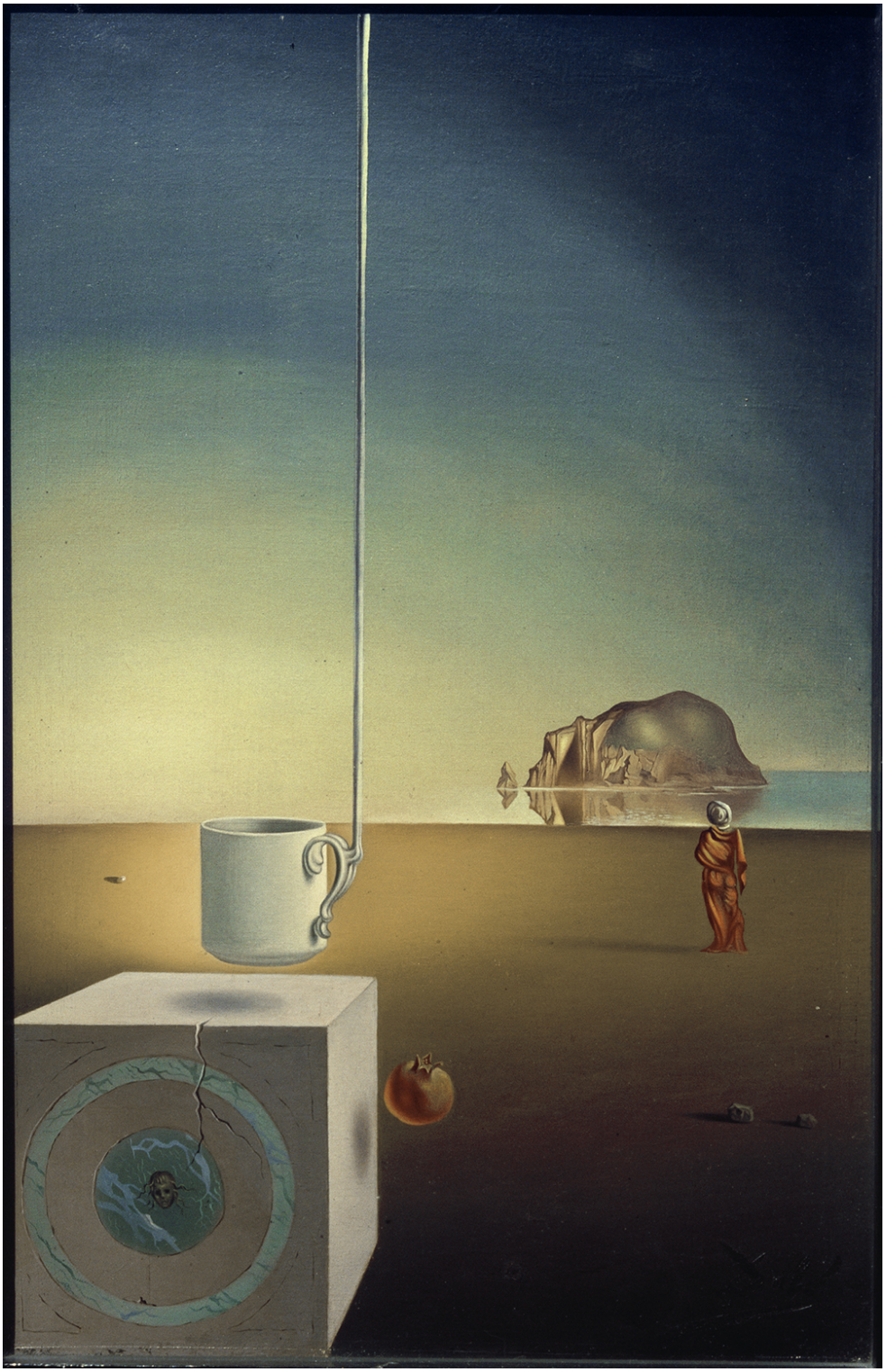
"El anillo de Iliana"

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler



Capítulo 1

Llegar al destino no era ya significativo. La real experiencia había estado en la sala de espera, en ese trayecto que tuvo que recorrer antes de enfrentarse a una realidad que lo conmocionó. A las seis de la mañana del día anterior le había llegado el mensaje prometido. El hombre al que mataría era un poco como él. Un José Camacho falso. Pelo rizado y negro, bigote, complexión gruesa y no muy alto. Cogió el tren y se fue al vagón del grupo de turistas que iban con el mismo rumbo. Pasó el revisor y le mostró que había pagado por su pasaje. "¿También va al Rancho Sta. Anita?"—le preguntó el empleado perforando su billete—¡Qué tenga unas buenas vacaciones, señor!". José lo miró con lástima, le pareció algo muy triste perder la vida en esas rutas de tren en las que siempre se repetía lo mismo.

Él, en cierto grado, también padecía a conciencia esos trayectos que hacía con regularidad, pero siempre encontraba la manera de disfrutar con una interesante conversación, una buena lectura o el descubrimiento de algo nuevo. Esta vez su mirada se centró en la joven mujer que tenía al lado. Era rubia y sus movimientos transmitían, al principio, una sensación rara, pero después estaba claro que eran frívolos y excitantes. ¿Usted también viaja al rancho? Le preguntó sin mirarla directamente. Ella se inclinó un poco y cogió algunos holanes de su falda, después los atrajo hacía sí y dejó ver un muslo color canela. Dijo que en esa época del año todos viajaban al mismo sitio. Ella tenía que encontrarse con un cliente que la había conocido en un casino. Le contó un poco su relación con los hombres y Camacho supo que, por una módica cantidad de dinero, que ella le había dibujado con su dedo índice en el asiento podría invitarla a un compartimiento del coche cama. Ella le insinuaba con gestos obscenos el placer que le brindaría, pero José decidió que bien podría acostarse con todas las mujeres que se encontrara en el camino después de cumplir su cometido. Además, estaba Iliana, una griega que lo había hecho conocer los secretos mejor guardados del placer y le había quitado el deseo por otras mujeres.

Antes de Iliana había sido un mujeriego incorregible, pero en seis meses ella le había exprimido ese mal hábito y ahora no sentía una verdadera atracción por nadie que no fuera su prometida. Al notar que era inútil su esfuerzo, la mujer dejó de flirtear y se ocultó en sus pensamientos. José también hizo lo propio y comenzó con el repaso de su plan. Llegaría al rancho, se camuflaría entre los turistas, tendría el aspecto de todos esos ancianos con sus esposas. Se fijó bien en que sus bermudas fueran lo más largos posible, sus calcetines blancos e impecables, sus zapatillas Nike de un modelo del año de la pera. Se colgó la cámara en el cuello y se acomodó la gorra. Faltaba una hora para llegar.

Reconstruyó su plan: sacó de la maleta mi pistola y la meto debajo de la hawaiana, me acercó al tipo que estará con los representantes del rancho para dar la bienvenida, me aseguro de que habrá un coche Ford aparcado en la parte derecha a unos metros de la entrada y cuando me hagan la señal sacaré el revólver y bang, bang. Luego correré hasta el automóvil y desapareceré.

Las cosas le salieron a pedir de boca. En el coche estaba esperándolo Iliana, se fueron a un hotel y pasaron una noche espectacular. Dos días después José Camacho esperó de nuevo que le entregaran el mensaje. Abrió el sobre. "Tienes que ir al rancho Sta. Anita. El hombre al que matarás es como tú. Un José Camacho falso. Tiene el pelo rizado y negro, bigote, complexión gruesa y no es muy alto. Recuerda lo que hemos gozado juntos. No te acuestes con la rubia del tren. Es una mujer barata. Le falta mucha clase para tener a un hombre como tú". Rompió la carta y preparó su equipaje. Metió sus bermudas largos, un par de calcetines blancos, sus zapatillas de la edad de la pera. Revisó que la pistola funcionara bien y salió a la estación. Cogió el tren y se fue al vagón del grupo de turistas que iban con el mismo rumbo. Pasó el revisor y le mostró que había pagado por su pasaje. "¿También va al Rancho Sta. Anita?".